



RELIGION

LEYENDO LA «BIBLIA»

Los libros de Esdras y Nehemías

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL



N 586 Jerusalén había sido conquistada y destruida por el ejército de Nabucodonosor, rey de Babilonia. Sobre sus ruinas lloró Jeremías sus famosos *Trenos*, y entre tanto, Sedecías, el último rey de la dinastía de David, caminaba hacia el destierro en el cortejo del vencedor, encadenado, envejecido y con los ojos ciegos y ensangrentados. La última escena que le había dejado ver Nabucodonosor había sido la muerte de todos sus hijos, degollados en su presencia para que supiese que debía perder toda esperanza de restauración del reino. Tras él caminaban, atados unos a otros por sogas que les apretaban la cintura y el cuello, millares de cautivos en que figuraban las familias más ilustres, las más distinguidas y las más influyentes de la monarquía extinguida: comerciantes, sacerdotes, guerreros, aristócratas y capitanes. Quedaban en Palestina los pobres, los campesinos y los proletarios.

Todo, al parecer, había terminado. Es ahora, sin embargo, cuando se va a producir una depuración del espíritu religioso, que va a ser el fermento de la restauración. Y no fueron los hebreos que se quedaron en Palestina los que aseguraron el porvenir, sino los deportados, que eran la minoría, unos treinta o cuarenta mil, pero que constituían la

flor de la nación. Lejos de fundirse con la población de los conquistadores, como habían hechos sus hermanos de Samaría un siglo antes, permanecieron agrupados en comunidades, animadas, por ancianos o jefes religiosos, que consolidaron el sentimiento de nacionalidad manteniendo la conciencia de una «patria portátil», como ellos decían. Uno de estos patriotas ardientes y educadores inflexibles fué el profeta Ezequiel. El Dios de Israel —decían— no ha sido vencido con la derrota de su pueblo. Señor universal, destruirá los imperios que fueron el instrumento de su justicia y reanimará los restos de los hijos de Abraham y de la estirpe de David. Aunque privado de sus reyes y hasta de su independencia, la nación escogida puede subsistir, y la fuerza que puede asegurar su existencia es la fidelidad a la Ley. De esta manera se formó un grupo entusiasta de verdaderos israelitas, que conservaron celosamente el depósito de la revelación divina, y cuyo centro más dinámico radicaba en torno a Babilonia.

La toma de Babilonia por los persas vino a acrecentar estas esperanzas, que pronto empezaron a entrar en vías de realización. El conquistador, Ciro, era un monarca liberal, cuyo primer acto consistió en dar a los pueblos por él sojuzgados la libertad religiosa.